



GEMA PEREZ

LA HECHICERA
Fugitiva

NOVELA ROMÁNTICA
Y ERÓTICA PARANORMAL

LA HECHICERA FU- GITIVA

Novela Romántica y Erótica Paranormal



Por Gema Perez

© Gema Perez 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Gema Perez.

Primera Edición.



Autora Best Seller en Fantasía Épica

Dedicado a;

Belén, por ser mi magia durante muchos años.

Guillem, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

1

El demonio persigue.

No hay nada más cierto, y así ha sido durante la historia completa de la civilización. El demonio nos busca, nos acecha, e intenta empujarnos en pos de realizar su obra y acción. Aterrador, ¿no?

Pero, ¿qué sucede cuando uno es considerando el demonio? ¿Cuando uno es el supuesto perseguidor, acechador, y quien puja? ¿Cómo escapas, si eres de quien intentan huir?

Y, una vez llegue el día en que no estés siendo juzgada y acusada, ¿cómo puedes confiar en esa persona? ¿En que piensa también en tu propio bien, y no que está dispuesto a utilizarte?

Imposible.

* * * *

Calor. La sensación que predomina y que no deja de invadirme. Vamos, tampoco puedes esperar algo muy diferente, tomando en cuenta todo.

El desierto es mi mejor opción. Las temperaturas no es que favorezcan mucho, y estoy sumamente expuesta, pero, ¿a cuáles ojos? Pudiera atravesar los valles, o los bosques, o seguir el cauce de los ríos, pero esas son las zonas más pobladas y vigiladas. De nada vale lo que me ofrezca la naturaleza para protegerme.

En cambio, en una época tan próspera, en la que los recursos naturales insisten en resistirse a los tiempos de guerra,

los desiertos están totalmente abandonados. Eso, salvo los refugiados y exiliados que por miedo tienen que atravesarlos. Pero éstos no representan peligro alguno para mí.

Todos aquellos con los que me cruzo levantan su mirada. No desafiantes, ni siquiera curiosos—con miedo. La mayoría reúne cicatrices de los despojos que han acaecido sobre ellos, y su mirada es más una súplica, o un último gesto antes de ser atravesados por una espada.

Hay de todos los tipos—numerosos grupos en movimiento con carretas, tratando de salvar lo que les queda en vida; escasos miembros aun unidos, alternando vigilias y descansos, aun blandiendo puñales en defensa; y los solitarios viajeros, arrastrándose, prometiendo un final con prontitud a su travesía.

No había caballos, y esa era nuestra principal diferencia—estando montada era difícil, si no imposible, que alguien representara una amenaza para mí.

En algunos, al percatarse de que no iba a acabar con sus vidas, se podía ver la confusión de darse cuenta de un caballo sobreviviendo en estas dunas. No es para menos, pues aquí lo que menos había era agua y pasto para que subsistieran.

La única manera era compartir los alimentos propios para que ambos siguieran en pie, y más pronto que tarde ambos sucumbirían.

Por suerte para mí, y desconocimiento de ellos, tenía otras maneras de mantenernos ambos en pie.

* * * *

El miedo o respeto que puedo inspirar como jinete no es lo único que me permite atravesar el desierto a salvo—no hay

manera de que me reconozcan. Esto también juega con el inmenso calor que me carcome, pues estoy usando gruesas bufandas para salvaguardar todo mi rostro menos los ojos, a la usanza de los pueblos del este.

No temo tanto de estos individuos, sino de sus lenguas. Puede que no representen peligro contra mí, o que pronto acabe su camino, pero la información que manejen podría probarse como mi caída.

Sí, estoy huyendo. No importa tanto quién soy, sino lo que soy, y es algo que no puedo permitir que se riegue. El desierto me proporcionará seguridad y un camino más rápido, a cambio de llegar al sitio donde quizás reside mi última esperanza. Si es que acaso lo es. Pero, si no es allí, ¿dónde será?

Justo en este momento paso al lado de una anciana que, o bien emprendió esta ruta por su cuenta, o se quedó sin acompañantes, pero ya no da para más. Los huesos de su cara se marcan debajo de su piel, y es una de las pocas que no muestra miedo al observarme. Debe estar viendo el abismo, ¿cómo podría tener algún miedo?

No, lo único que le interesa es pedirme comida o agua. No puede proliferar palabras, pero sus gestos hablan de manera universal. Con un gran pesar debo ignorarla. Disculpe, señora, apenas y tengo para mantenerme yo.

Y aún si la ayudara a prolongar su vida unos días—o, probablemente, horas—más, sería cuestión de tiempo para que todos seamos atacados, invadidos o conquistados.

En el camino que me espera reside el bien mayor. Busco todo. Mi refugio, sí, pero también la justicia y la venganza. Mi supervivencia, así como la de la mayor cantidad de personas, al tiempo que el exterminio de un pueblo entero.

Es algo muy grande como para que piense en ello una sola persona, cierto. El asunto es que debo repetírmelo una y

otra vez, pues es la carta de venta con la que cuento para lograr lo que necesito.

Una pareja trastabilla, acelerando, hacia lo que ellos denominan un lago. Si hay algo que me beneficia es mi vista, y con toda seguridad puedo testificar que no hay lago o charco o ninguna fuente de agua en kilómetros.

Estos dos probablemente están sufriendo del mal del desierto, y vaya a saber si esta carrera sin frutos no termine siendo su final. Su mirada es otra diferente, una que solo experimenté apenas empecé mi camino por las arenas—de envidia.

Sí, todos quienes llegaban aquí querían tener una montura que les ayudara a atravesar este eterno mar. Con el paso del tiempo y con la distancia empezaron a concluir que lo que necesitaban no era un caballo, sino agua. Comida. Un hogar.

¿Conseguiré eso que tanto busco? Un hogar.

Tengo que hacerlo. Después de todo, el mío ya no es sino un infierno del cual no tengo más remedio que huir.

* * * *

Mi nombre es Marian. Una mujer de cabello tan negro como mi caballo—probablemente otra razón para asustar a cualquiera en nuestro camino—; ojos así o más oscuros; unas finas facciones con una nariz mucho más oriental que occidental—como si hubiera nacido en el desierto—; y altura inusitada para las demás mujeres en mi familia.

Nací y crecí en la capital del vasto reino de Irulia. El reino más provechoso, donde siempre predominaba el verde y marrón por encima de todo otro color; las frutas se desparrramaban de los árboles, tantas creciendo que apenas y da-

ba tiempo de recogerlas antes de caer; y los cauces de los ríos todos desembocando en un inmenso lago.

Y, claro, el núcleo de magia de toda la tierra.

En un mundo de humanos, en el cual las guerras suelen ser decididos por el acero de las espadas o el hierro de las hachas, la magia es una ventaja que puede desbalancear cualquier escala. Y por ello Irulia, a pesar de ser una manzana codiciada, se ha mantenido en pie ante cualquier ataque. Tan rebosantes sus recursos como sus hechiceros.

Y hechiceras, dentro de quienes me incluyó.

Crecí, viví y me formé como hechicera bajo el manto de todas las personas sabias del reino. Se pudiera decir que en tiempos de paz son más de ellos, de los ancianos, quienes se encargan de impartir el arte en el pueblo.

Más como manera de preservar la tradición y nuestro vigor, y de enriquecer la tierra. La magia nos permite cualquier infinidad de cosas, entre las cuales se encuentra influir en la naturaleza. Después de todo, es designio y creación de esta misma.

Pero algo pasó. A pesar de que nuestro reino fue atacado repetidas veces, siempre nos conformamos con la paz. Con defendernos, y no embarcar en ataques contra el enemigo, por muy debilitado que estuviera.

¿Honradez? ¿O ingenuidad? Quizás si hubiéramos buscado expandirnos y meter el dedo en la herida del oponente no habría sucedido. Lo que es cierto es que ya es muy tarde para lamentos, pues la historia ya se escribió de esa manera.

Con la sangre derramada por los bárbaros.

* * * *

Los bárbaros no tenían un reino como tal, pues era más un pueblo nómada. Por muchas épocas mantuvieron su fuerza en un solo reino, pero, al momento de atacar, preferían movilizarse al completo, y por ello su centro de gravedad siempre fue cambiante.

No representaban mucho peligro, ni para Irulia ni para ningún otro reino, pues carecían de disciplina de combate y de inteligencia en ello. O al menos hasta la llegada de Mairance.

Un alto general, que abandonó a su gente para unirse a los bárbaros. ¿Por qué? Es difícil saber con exactitud. Por comodidad no fue. Ni por seguridad, ni calidad de vida. Ninguna de esas tres las tendría garantizadas batallando junto a los bárbaros.

Tampoco la victoria, pues eran mucho más las derrotas. ¿Por qué lo hizo? No hay razón coherente. Se dice que simplemente se identificó con esa gente, pero de qué manera, vaya a saber.

Y, por primera vez en la historia, cambió por completo el pueblo bárbaro. Las armas de asedio empezaron a aparecer en su arsenal. Las formaciones eran su pan de cada día. Ya no solo abundaban las lanzas y hachas, sino el arco, la espada, el escudo.

Los caballos empezaban a ser más y más adoptados, así como muchas otras bestia que solo ellos eran capaces de dominar. ¿Armadura? Herramienta de diario, como nunca antes lo había sido.

Algunos reinos sucumbieron, manteniendo siempre una constante—cercando a Irulia. Los bárbaros no se atrevían a atacarnos, y siempre se asumió que fue una declaración de debilidad. Una aceptación de que nuestras tierras eran infranqueables. Así había sido siempre, y eso creíamos. Erróneamente, claro está.

Hay un detalle de los bárbaros que ignoramos, y que no debimos haberlo hecho. Y es su estilo de vida, sin restricción alguna. En todos los ámbitos, incluyendo el sexo. Por lo que era un pueblo en constante expansión, produciendo hijos y progenie prácticamente a la máxima velocidad posible.

Conforme alcanzaban la adolescencia, más y más se unían a su ejército, y en el periodo de años podían sumar varios miles de tropas a sus filas. Filas cada vez más grandes, más disciplinadas y, sobre todo, con la mayor fiereza de entre todos los reinos.

Y, en resumidas cuentas, atacar los reinos circundantes a Irulia fue el paso que les llevó a lanzar el ataque sobre nosotros desde cuatro frentes diferentes. Norte, sur, este, oeste.

No había resquicio del reino en el que no estuviéramos siendo invadidos por los bárbaros. De nada valió nuestra propia milicia, ni nuestros muros, ni siquiera la magia que nos diferenciaba. Tal fue el yugo de su martillo que no tardamos en ser dominados.

Y destruidos, claro. Si algo diferencia a los bárbaros de otros atacantes es que no dejan a nadie con vida. Nada de rehenes, ni perdonados, ni bazas de negociación—todo individuo que se enfrente a ellos termina pagando con su vida, eso sí, antes siendo torturados los soldados y violadas las mujeres. ¿Qué más puedo decir? Su mismo nombre lo dice. Son bárbaros.

Así que, hasta donde sé, absolutamente nadie queda con vida. Eso es lo que pude descubrir, al menos, cuando volví para encontrar mi tierra ya arrasada por los bárbaros.

La magia que me tocaba poner en práctica ese día me había alejado de mi reino, sin tener la más mínima idea de lo que estaba sucediendo, y volví para encontrar las ruinas. Y si alguien logró sobrevivir, ya había huido hacía tiempo. No

había razón o motivo alguno por el cual buscarlos, o por el cual quedarme. Todo había acabado.

Lo único que quedaba era seguir adelante. Conseguir un nuevo hogar, una nueva tierra.

Por ello conseguí un caballo divagando por los bosques—se podría decir que el único terreno que no gusta a los bárbaros—, tomé todas las provisiones que me fue posible y, escondiendo mi identidad, partí en mi camino. No valía de nada demostrar que era de Irulia, ni que era una hechicera. Eso tenía que quedar en el pasado, al menos por ahora.

Elegí el desierto, para esquivar los ojos de guerra aun buscando despojos, y utilicé mi magia para dejar brotar del subsuelo el agua que necesitaba mi caballo para mantenerse en pie. Y así estoy aquí hoy, rezando por encontrar—y entrar—a una tierra más próspera y que acoja con buenos ojos a una bruja.

Por ello es que estoy en camino directo a Riedan.

2

Riedan. El que antes fuera el primer reino que ocuparon los bárbaros y del que terminaron siendo vapuleados, ahora representaba uno de los fortines más poderosos de toda la tierra.

Y vasto, claro. Con la suficiente amplitud para intentar pasar desapercibida, por lo menos mientras me asiento. Apenas salga del desierto solo tendré que recorrer unas pocas millas para estar en sus dominios.

Sus fronteras estarán muy bien protegidas, de eso no hay duda, pero al acercarme lo suficiente podré usar mi magia para esconderme y llegar hasta, bueno, ya sabremos hasta donde.

Riedan no es conocido por acoger refugiados. Tampoco por atacarlos o zapatearlos fuera de sus límites. Pero no ofrecen ayuda alguna.

Todo aquel huyendo de la guerra puede entrar, con tal de mantenerse en la periferia, y en el periodo de un año debe estar produciendo para el reino o en ese momento sí será forzado a abandonarlo. Una manera de recibir sin recibir, y de forzar sin forzar.

Y, además está decirlo, cero tolerancia para aquellos que cometan un crimen. Es un reino hecho a base de hierro, conquistado con espadas y escudos y cuyos castillos más altos están todos firmemente protegidos.

Nadie produce armas del calibre de aquellas de Riedan, y su milicia tiene una disciplina inmejorable. Herrerías trabajando a todas horas, centinelas siempre en movimiento.

Pudiera instalarme en la periferia. Estoy sola, pero no me costaría crear alguna morada para mí y producir a base de

la caza o de la pesca, pues bastante lo he hecho. Solo que hay un pequeño problema—mi condición. El simple hecho de ser hechicera.

No hay muchas brujas vivas. Otrora, abundaban los pueblos con magia. En cada rincón del mundo había uno u otro, y era algo tan normal como el respirar. Pero los tiempos cambian, y aparte de Irulia, todo lo que quedaba eran pequeñas aldeas siempre en movimiento, escondiéndose.

Por ello mi reino era tan respetado y temido a la vez. Una fuente sin fondo de brujas y hechiceros, los cuales más que nunca estamos en alta demanda. Esa era la principal razón de todos los asedios que recibimos—nuestro poder quería ser utilizado por otras gentes.

Y por alguna razón, vinieron siendo los bárbaros quienes por fin pudieran conquistarnos en el campo. No sé si considerarlo una buena o mala noticia, pues ellos no tenían intención alguna de dominar la magia—simplemente querían eliminarla, y sacar ese miedo que los atacaba.

Su visión del mundo era algo más primitiva, y no les entraba en la cabeza explotarla. Así que por eso fue un ataque sin frenos, una destrucción masiva de nuestro reino, y una decapitación tras otra.

Si ya la demanda era alta, ahora vendrá siendo infinita. Siempre han quedado brujas escondidas, y puede que de Irulia sobrevivieran otras, pero ni

o, ni nadie más, debe tener garantía plena de que quede magia en este mundo. Los reinos deben tener a sus exploradores como locos buscando algún despojo del ataque de los bárbaros, y yo soy la única persona que tiene evidencia de que aún queda una hechicera con vida sobre la faz de la tierra. Y esa soy yo.

He allí mi problema—de saber que soy una bruja, la gente común de Riedan querrá o bien matarme, o atesorarme. Y

la historia de mi reino vendrá precediéndome. Tan pronto un centinela lo descubra, será el fin de mi libertad. Y estaría jugando una sola carta contra miles de ellas.

¿Por qué no llegar a escondidas? Pues porque el sol es mi enemigo. Las brujas tenemos ojos de cualquier color, pero tan pronto nos toca el sol, estos se tornan morados. Sería imposible aguantar hasta el fin de mi vida en Riedan sin cruzarme con alguien a la luz del día, y tarde o temprano alguien descubriría mi identidad y sus planes cambiarían por completo.

No, no puedo ser una nómada eternamente, ni puedo instalarme en las periferias de Riedan con comodidad. Tengo que llegar hasta las mismísimas entrañas del reino y hablar con su mandatario. Así me cueste la cabeza.

* * * *

¿Lograría salir de este desierto con vida si no fuera por la magia? No hay manera clara de saberlo, pero supongo que no. Probablemente terminaría siendo uno más en la larga cadena de cadáveres.

Cadenas siempre cambiando, pues no tardaban en llegar los pocos tigres de desierto, reptiles y cóndores a comer lo que quedaba. Y los mismos humanos también, cayendo en el canibalismo como única manera de mantenerse en pie.

Si no fuera por la magia no habría sobrevivido al ataque de Iruvia, eso está muy claro. Aquel día puse en práctica a gran escala, por primera vez, un hechizo de proyección.

Uno que me permite transportarme físicamente a cualquier otro sitio dentro de un rango prudente—a mayor dominio de la magia y poder puedo abarcar mayor rango—, por determinado periodo de tiempo.